

me estuvieran importunando mas, con semejantes preguntas.

«Después de hora y media de tenernos allí, nos hicieron entrar al bosque, en donde habia preparado una hoguera terrible, que ocupaba como media cuadra, y en ella amontonados porcion de combustibles, en los cuales habia árboles enteros: yo, y muchos de mis compañeros nos la tragamos y creimos real y verdaderamente que íbamos á ser quemados vivos, en represalia de los que fueron quemados en el Alamo; teniendo por gracia y merced en tal caso que primero nos fusilaran. ¡Qué rato tan cruel y tan amargo! Pero cambió del todo la escena, cuando vimos que nos iban rodeando del fuego para reponernos del frio, y de nuestros empapados vestidos. Mas de 25 ó 30 centinelas se rodearon de nosotros; y era de ver aquellos hombres, ó fantasmas, hechos un armero ambulante; pues habia entre ellos quienes portasen dos, tres, y hasta cuatro pares de pistolas, una talega de trapo, no muy pequeña, con balas, un cuerno con pólvora; machete ó puñal al cinto, y además, el rifle, fusil ó la carabina: llevaban tambien cada uno consigo, una vela de esperma encendida, que no sé donde cogieran tantas, porque con el calor de la mano, y el aire duraban poco, el alumbrado permaneció toda la noche; desde luego seria para que, á merced de la laminaria y de las muchas luces no intentásemos la fuga. ¡Qué mentecato! ¿adónde habiamos de ir, en un país inmenso, que no conociamos, lleno de ríos caudalosos, y de bosques, donde las fieras, el hambre y ellos mismos no nos hubieran devorado?»

«El dia 22 desde muy temprano, comenzó á visitar nuestro campo, con mucha frecuencia, el llamado ministro de la guerra Mr. Rusk, haciendo mil preguntas, sobre el gran asunto que nos ocupaba de nuestra derrota y su inesperado triunfo; á éstas satisfacía ó contestaba el coro-

nel D. Juan N. Almonte, como que era el único que sabia entre todos nosotros el inglés; iba y venia este señor, á cada momento. Al poco llegó, y nos pidió una noticia ó relacion de los empleos, nombres y apellidos de los señores gefes y oficiales que habian sido hechos prisioneros: la que inmediatamente formó el mismo Almonte, con el lápiz ó la pluma, que no me acuerdo, y se la entregó en el acto.

«Entre los americanos no faltaba uno ú otro que en medias palabras de español nos hubiera ido á decir lo que pasaba entre sus mandarines; asegurándonos que sus gefes y oficiales con el pueblo, que consistia en la soldadesca, y el ministro Rusk presididos por el general Houston, se hallaban en junta, discutiendo con empeño y mucho acaloramiento, si se nos pasaba por las armas antes de dar el parte á su gobierno, ó si se diferia este acto para cuando aquel lo decretase; en esto estábamos cuando tocaron asamblea, llamada, ó que sé yo qué cosa, lo cierto es, que se reunieron y formaron mas de cien hombres de tropa, cargaron sus armas y se quedaron descansando sobre ellas. No dejamos de mosquearnos por esto; yo, á lo ménos, me quedé frio como una nieve en este acto, creyendo que habia llegado el momento fatal, porque hubieran ganado los que estaban por la afirmativa; pero poco á poco fuimos entrando en confianza, cuando otro buen hombre, que los hay en todas partes, vino á decirnos que no tuviésemos cuidado, porque Houston, Rusk, Hallen y que sé yo que otros votos, para ellos muy respetables, estaban por la negativa. Efectivamente, á poco vimos que la tropa que habia formado á nuestra inmediacion fué á relevar las guardias. Ya en estos momentos comenzaban á conducir en carros y en nuestras propias mulas, el armamento, parque, vestuarios, equipajes y todos los despojos de nuestro campo, habiendo ocu-

pado cuatro días cabales en esta operacion. Tambien conducian á nuestros heridos y varios oficiales y tropa, de los dispersos que iban paulatinamente aprehendiendo. A las dos de la tarde, fué conducido prisionero por un soldado de acaballo, el excelentísimo Sr. general en jefe D. Antonio López de Santa Anna; su vestido consistia en pantalon de dril, chaqueta azul de indiana, cachucha y zapatos bajos ó chinelas de tafete encarnado. El conductor no sabia seguramente que era S. E., pero habiendo hecho nosotros simultáneamente un movimiento de extraña curiosidad cuando llegaba á nuestra intermediacion, conoció que era mas que simple oficial al que conducia, y se lo llevó directamente al general Houston. Este mandó á dos ayudantes suyos, que nos preguntaran si á Santa Anna le faltaba este ó el otro diente, á lo que contestaron algunos que no sabian; pero otros con mas ingenuidad, y que no entendian de chanzas, les dijeron: «Sí señores; digan ustedes á su general, que es el mismo señor presidente Santa Anna, el que en este instante acaban de poner á su presencia.» En el momento se extendió la noticia en todo el campo y cuantos curiosos nos rodeaban, corrieron á conocer á S. E., y hubo quienes intentaran hacer salvos y otros mitotes de alegría, en celebridad de la prision de tan alto personaje; pero Houston, con política mandó, que no se hiciera tal cosa. Entónces nos dejaron á nosotros mas tranquilos; y se ocuparon solo de S. E.»

La conducta del general Santa Anna en la desgraciada campaña de Texas fué generalmente desaprobada por todos los generales que militaban bajo sus órdenes. El general D. Juan Arago que desempeñaba el cargo de mayor general en el ejército, tuvo que separarse de él por una gravísima enfermedad, y al despedirse del general Filisola á quien se nombró segundo en jefe, le anunció el

funesto resultado de la campaña con estas palabras: «Mucho cuidado D. Vicente, porque le quieren dejar gallo muerto en la mano:» el general Cos al recibir la orden de que marchara á incorporarse con la fuerza del general Santa Anna, dijo á sus compañeros con profunda tristeza «este hombre me va á sacrificar:» pero este valiente y honrado militar cumplió con su deber sin cuidarse del peligro manifiesto á que se le exponia: el general D. Joaquin Ramirez y Sesma al recibir la noticia de la derrota de S. Jacinto, exclamó lleno de indignacion: «Por no querer oír á sus amigos y su malditísima precipitacion, se perdió y nos perdió:» el general Gaona que era el que se hallaba en mayor peligro por la falta de orden con que se seguia la campaña, dijo al saber la derrota del general en jefe. «Este funesto suceso me debió tocar á mí: el general Woll decia con profundo dolor. «Siempre temia de su ansiedad una cosa semejante, pero nunca me la figuré de tanta gravedad.» y el general Filisola al anunciar este acontecimiento á sus compañeros de armas les dijo. «Mis amigos ha sucedido mucho mas de lo que temiamos.»

Y no paró en esto el censurable proceder del general en jefe pues estando prisionero se prestó para con los enemigos á dictar una orden como jefe del ejército para que éste se retirara dejando libre todo el territorio de Texas; y además firmó como jefe de la nacion un tratado en que reconocia la independendencia del territorio sublevado.

El general Filisola, no por la orden que recibió de Santa Anna sino por el mal estado del ejército, su falta de víveres y lo avanzado de la estacion se decidió á reunir una junta de los principales gefes del ejército, y el dia 25 de Abril resolvieron todos de acuerdo retirarse hasta pasar el rio Colorado y esperar allí para emprender de nuevo la campaña, nuevos refuerzos y las órdenes del

presidente de la República que lo era entonces D. José Justo Corro por haber muerto el 1º de Marzo el general Barragan á quien se habia dejado interinamente en la presidencia á la salida del general Santa Anna.

Con el desgraciado acontecimiento de S. Jacinto se suscitaron algunas desavenencias entre los gefes del ejército y tuvieron lugar ilegítimas aspiraciones que pusieron mayor dificultad para aquella desgraciada campaña: á consecuencia de esto fué nombrado general en gefe el general D. José Urrea; y el general Filisola por un sentimiento de dignidad pidió licencia para pasar á México y de que se le sujetara á un consejo de guerra, en el cual fué absuelto de todo cargo que se le pudiera hacer y se le declaró libre de toda responsabilidad en la conducta que observó en aquella campaña.

No fué tan limpia la conducta del general Urrea á quien se hacian cargos muy graves y de los cuales resultó la mayor dificultad para no poder emprender tan pronto la campaña despues de la retirada del ejército.

El gobierno de México deseando reparar los males de la primera campaña formó un segundo ejército cuyo mando en gefe se concedió al general de division D. Nicolás Bravo, á quien se prometió el número de fuerzas que se juzgó indispensable y los recursos bastantes para atender á todos los gastos de la guerra; pero el ministro encargado de ese ramo que era entonces D. José M<sup>o</sup> Tornel no supo ó no pudo cumplir los compromisos que el gobierno se habia contraido para con el general Bravo como se vé por la siguiente nota de este gefe.

«Ejército del Norte.—General en gefe.—Muy reservado.—Exmo. Sr.—Tendrá presente el supremo gobierno que desde que se formó el plan para la próxima campaña y que yo me comprometí á ponerme á la cabeza de las tropas, fué bajo la precisa é indispensable base de que las

fuerzas constasen de ocho mil hombres que se creyeron suficientes para la magnitud de la empresa y que contasen con los recursos necesarios para subsistir, á fin de que su falta no fuese un obstáculo ó embarazo para las operaciones.

«No se habrá olvidado tampoco que, los fondos que entonces se designaron, no producian la cantidad á que debia ascender el presupuesto total del ejército en campaña, y que yo, conociendo el estado comprometido del erario público, no exigí sino aquello que bastase á su conservacion, contando con el exacto manejo de los caudales, la vigilancia de las aduanas marítimas y la mas estricta economía en todos los ramos cuyos puntos dependian de mí, que harian aumentar alguna cosa los productos.

«Al contraer por mi parte el compromiso indicado, al encargarme de una campaña llena de dificultades por la distancia en que debia hacerse, por la clase de las tropas destinadas á ella, y porque el malogro de la primera la hacia mas complicada á causa de las funestas impresiones que habia dejado, y que era indispensable borrar enteramente, conocí que iba á llamar sobre mí la atencion y miradas de mis conciudadanos. Se habian puesto en mis manos los destinos de la República, su integridad, su honor, acaso su existencia como nacion, dependian del acierto y oportunidad de las operaciones: un error, una falta podia comprometerlo todo. ¿Y con qué contaba yo para salvar tan preciosos objetos? Con las solemnes ofertas del supremo gobierno, ofertas fundadas en la opinion pública que clamaba, porque haciéndose un esfuerzo, se castigase la osadía de los que vulneraban su nombre y se repartian su territorio. Se ha procurado satisfacer esta opinion, este voto público, persuadiendo que el ejército nuevamente destinado á Texas lleva todos los elementos

necesarios de fuerza y sobra de recursos. V. E. sabe lo que hay de exacto en este punto; pero en las circunstancias de que me hallo rodeado, previendo las consecuencias funestas que pueden sobrevenir, debo recapitular varios hechos que de una vez pondrán en claro las cosas, y justificarán la resolución que me he visto obligado á tomar.

«Antes de salir de esa capital se dieron todas las órdenes convenientes para la marcha é incorporacion de todas las tropas destinadas á este ejército, y se ofreció que, á mas del haber de dos meses de todas, conduciría la comisaría doscientos mil pesos. Diversas ocasiones manifesté que fiaba enteramente en la fé del supremo gobierno de que no podía dudar cuando en oficio de 13 de Octubre decia á V. E. terminantemente el Señor ministro de hacienda *estar prontos los auxilios y recursos para el mismo ejército*; pero viendo que en los momentos de la marcha no se entregaba dicha suma, en oficio de 21 del mismo Octubre, dije á V. E. que por esta falta y el no haberse tratado cosa alguna sobre víveres, ocasionaria demoras perjudiciales á las operaciones y seria menos malo la suspension de la salida de las tropas. Se me contestó [oficio de V. E. del 22] que la comisaría general recibiría los doscientos mil pesos á su llegada á San Luis y que se estaban tomando medidas para asegurar los víveres. En la misma fecha reiteré mi confianza en el cumplimiento de las ofertas del gobierno; en cuanto á los caudales; hice algunas observaciones sobre víveres. Se me exigió en seguida que, los primeros de estos que se contratasen, se pagasen de los productos de la primera conducta de platas, y no obstante que contaba con el total de dichos productos, para formar la caja del ejército, diferí á los deseos del gobierno, cedí la cantidad que se me pedia y dí con esto una nueva prueba de que por mi

parte, aunque se aumentasen mis compromisos futuros, deseaba separar todos los obstáculos.

«Poniendo la mas ciega confianza en lo ofrecido; salgo de la capital, y á la llegada á San Luis Potosí, no parecen las libranzas; mas fiado de nuevo en que se recibirian y temiendo que pasase el tiempo tan precioso en todas ocasiones, pero especialmente en una campaña sobre Texas, en que entran como elementos de daño las estaciones, mando contratar en pública almoneda caballos, sillas de montar y otros objetos indispensables, y contraigo este nuevo compromiso. Pasa un correo, llega el otro, y en ninguno vienen las libranzas tantas veces ofrecidas.

«En cuanto á tropa encuentro al reunir las en San Luis una enorme baja del cálculo que se me habia presentado como infalible, como manifesté á V. E. muy por menor en mi comunicacion del dia 7 del actual. Esta baja con la imposibilidad de incorporarse con la caballería de Cuautla, por falta de recursos, que tampoco tenia las que recogí en Querétaro y en San Luis, y con haberse reducido á 34 hombres desnudos y sin haberes los 300 que se calculaban del batallon activo de Guadalajara. Así es, que en habilitar á todas las tropas que se reunieron al ejército de estos tres departamentos y otros gastos indispensables, entre ellos, librar diez mil pesos á las estacionadas en Matamoros que estaban expuestas á cometer un escándalo por falta de recursos, se consumieron los cuarenta mil pesos de la única libranza que condujo y cobró la comisaría.

«En vista de tales circunstancias, represento al gobierno acerca de todos estos puntos por oficio de 7 del actual en clase de reservado con el número 2. Han pasado diez dias y el extraordinario que lo condujo esperado á cada momento no regresa; y en lugar de satisfacerse mis pe-

didos y de llenarse los solemnes compromisos contraidos, se me quitan por diversas órdenes del ministerio de hacienda, de que acompaño una copia, cerca de 100,000 pesos de los productos futuros de la aduana de Tampico con que contaba, única que produce, y que, como la de Matamoros, que nada rinde y los derechos de conductas, formaban la única esperanza de esta comisaría. No obstante este enorme desfaldo, sin recordarse que al poner á mi disposicion estas rentas, se previno quedasen sus productos exclusivamente destinados á las atenciones futuras del ejército del Norte, y que los que tuviesen órdenes sobre ellas, acudiesen al gobierno para darles otras garantías y ser satisfechos de sus créditos, todavía se quiere persuadir que al disponer de parte de dichos productos *no se distraen del objeto á que fueron destinados*. Yo aseguro á V. E. que no comprendo este lenguaje; pero sí comprendo y á mi pesar, que siguiéndose este camino, é incurriéndose en estas contradicciones, es imposible hacer la campaña.

«En esta virtud, cumpliendo lo que he anunciado á V. E., y aunque me sea en extremo doloroso, ha llegado el caso de dejar el mando de este ejército. Lo he entregado al general á quien corresponde tomarlo, interin se resuelve quien debe reemplazarlo y he mandado suspender la marcha de las tropas. Conozco todas las consecuencias á que este paso puede dar lugar; pero yo no las he preparado. Ellas, sean cuales fueren, serán menos funestas, ménos trascendentales al crédito exterior, que las que produciria el arrastrar á la muerte ó la ignominia ocho mil mexicanos hambrientos y sin recursos en un desierto, cual Texas, en donde es necesario llevarlo todo. Mi deferencia hasta este punto seria un horrendo crimen, un engaño á la faz del mundo, que me atraeria una inmensa responsabilidad hácia mis conciudadanos. Sigo

en el ejército, haré la campaña, pereceré en ella, si esta suerte me está determinada, pero será como subalterno, como soldado de esta patria querida á cuyo servicio he consagrado toda mi existencia, no como general en jefe. Mi honor no se habrá mancillado, la nacion no me acusará de haber comprometido su dignidad ni su nombre, ni el ejército me reprochará haber suscrito á su deshonor é ignominia. Dado este paso, me ocupo de formar un manifiesto de los motivos que imperiosamente lo han exigido.

«Sírvasse V. E. dar cuenta al excelentísimo señor presidente interino para sus ulteriores disposiciones y reciba las protestas de mi aprecio.

«Dios y libertad. Cuartel general en la hacienda de Bocas, Noviembre 17 de 1836.—*Nicolás Bravo*.—Excelentísimo señor secretario de guerra y marina.»

«Habiendo dejado el general Bravo el mando del ejército por los motivos que expresó en su comunicacion, siguió como general en jefe el general Filisola, pero no teniendo los elementos necesarios para hacer la campaña con probabilidades de buen éxito, jamas se movió el ejército manteniéndose en la frontera de Texas, hasta que por fin las maquinaciones de los Estados- Unidos apoyadas en nuestra debilidad y los desaciertos de nuestros hombres públicos que constantemente nos mantenian en continuas revueltas, hicieron que definitivamente se perdiera aquel territorio y que fuera agregado á la poderosa y ambiciosa nacion de los Estados- Unidos.